

COMENTARIOS

LOS ULTIMOS DEFENSORES DE CONSTANTINOPLA

MAHOMED II El-Fathi sitia a Constantinopla, la bimiliaria capital del Imperio Romano de Oriente. Su defensa, aunque empeñada y heroica, no es todo lo eficaz que necesitaba la Nueva Roma, Bizancio, abandonada a sus escasas fuerzas.

Para la defensa de su enorme perímetro, pues solamente por la parte de tierra tenía 112 torres cuadradas, únicamente había 4.973 bizantinos en situación de poder batirse y unos 2.000 voluntarios genoveses, venecianos, españoles y de otros países, según Frantses, Chirungo y Ducas.

El ejército sitiador ascendía a más de 400.000 hombres, de ellos 95.000 turcos y entre éstos 12.000 jenízaros y shafis, y los demás tropas auxiliares serbias, búlgaras, albanesas, moldavas y bosniacas.

Para defender la llave de tres continentes, la gloriosa residencia de los antiguos legisladores del mundo, sólo hubo 7.000 cristianos; en cambio estaban 30.000 en las filas del sultán, prontos a derramar su sangre para derribar la Cruz de Santa Sofía y remplazarla por la media luna... (Arzobispo Leonardo de Chíos, *Acta Archivi Veneti*, XI, 464).

En el puerto, a las quince galeras y muchos barcos menores que ya había al mando del capitán veneciano Antonio Diedo, se agregaron veintiséis galeras más, de las que cinco eran genovesas, cinco de Venecia, tres cretenses, una de Ancona, una española, una francesa y griegas las otras diez; pero a pesar de su excelente defensa, que impidió de momento los desembarcos, no pudieron evitar lo irremediable.

Las principales puertas de las murallas y sus mejores puntos de defensa estaban ocupados por los defensores asistidos con poca y mala artillería.

La historia ha dejado constancia de algunos nombres principales, no de todos los héroes anónimos que tan gloriosamente defendieron y lucharon, aun a costa de sus vidas, por la vieja civilización.

He aquí los nombres de los griegos, italianos y de algunas otras nacionalidades contenidos en la relación que dejó el historiador Giovanni Zabarella y los sitios principales que ocuparon, incompleta, como es natural, pero comprensiva de bastantes jefes, oficiales y combatientes distinguidos, secundados por otros muchos que no registra la relación del cronista veneciano.

En la puerta y palacio principal de Blaquernas estaban:

Miguel Spandugino	Isaakios Sclairos	Andrés Gavalas
Miguel Marulo	Eleuterio Kallerghi	León Gabras
Anastasio Focás	Bartolomé Soligo	Cosme Baylo
Juan Megapanos	Jorge Maurozomes	Juan Marwiza
Antonio Loschi	Borso Guarino	Gregorio Sergiovitch
Francisco Debrohod	Esteban Vadopia	Lázaro Glebinovitch
Voysavo Branilo	Alejandro Gioritch de	Catarino Contarini
Girolamo Minalto (bayle de la colonia veneciana)	Valona	Lorenzo Genziore
	Juan Chrysoloras	

Todos, con sus hombres.

La puerta de Gyrolimnon estaba defendida por:

Juan Burkhard	Federico Hinderbach	Ulrico Reuchlin
Ernesto Hutten	Max Pfinzing	Wilibaldo Tunger
Francisco Pirkheimer	Juan Locher	Martín Brant
Crato Schon	Hans Froben	Franz Hoffmann
Fernando Bebel	Segismund Winpheling	Edmond Zimmemann
Yodoko Nettesheim	Fritz Meissen	Joaquín Tanstteter
Juan Eschenfelder	Augusto Lautensack	Joaquín Liebhard
Haakon Rantzow	Andrés Giula	Esteban Debrecen

Todos, alemanes, húngaros y un danés, con sus hombres.

La puerta de Charsias estaba guardada por 700 hombres al mando del experto capitán de ballesteros Teodoro Karystos. Con él estaban:

Andrónico Láscaris	Porfyrios Theotokis	Jorge Notaras
Constantino Láscaris	Miguel Lagóo	Manuel Sgouros
Bardas Sclairos	Andrés Milessios	Alejo Glyes
Angel Juan Lomellino	Constantino Tarchaniotas	Juan Briennios
Francisco Filadelfo	Juan Comneno Láscaris	Leontari Bryennios
		Giorgios Cornaro

Y muchos monjes armados.

En los últimos momentos, fueron reforzados con los marineros del almirante bizantino Flantanelas.

La puerta Kalligaria lo estaba por:

Basilio Rhallys	Andrés Gavalas (hijo)	Manuel Comneno
Jorge Melissenos	Kyrillos Sikelianos	Venozzo Gazzoli
Lionel Mantovano	Domenico Teglio	Gentile Bellini
Lucas Barbaro	Aldo Pusculus	Kostis Zozimas
Galvano Larzia	Jacobo Caccio	Euterpios Triantafilis
Asjlepios Kosikós	Gregorio Bogossian	Ticin Jaqueria
Hranisanu Giupanovitch,	El conde Tuartkó Mi-	Mauricio Cattanes
voyvoda de Slamo y	kolawina, príncipe de	Battista Gritti
conde de Primoria en	Bosnia y Servia	
Bosnia Argentina		

Con sus hombres de armas.

La Kerkoportta era defendida por:

Constantino Karoussos	Sofronio Constantinides	Leonardo de Chios
Juan Infesura	José Strinos	Jerónimo Riario
Jorge Protobelissenos	Leónidas Peroules	Panteleimon Kanelos
Alexios Deligiannis	Demetrio Kanellopoulos	Sotero Kalochiri
Enrique Darnley	Pietro Tradonico	Luigi Cibó
Antoniollo Priule	Miguel Marini	Androniko Steno
Jerónimo Cicogna	Jacobo Adorno	Marco Donato
Andreas Gritti	Arsenio Strifnos	Giuseppe Molino

Con sus hombres.

La puerta Charisius o de Adrianoúpolis por los siguientes:

Jorge Frantses (Logotheta)	Stavros Koromilas	Demetrio Kakofingas
Simeón Katsigra	Eugenio Kyriakopoulos	Antonio Erizzo
Alejandro Bistis	Sakelarios Mandalakis	Zacarías Hasse
David Pappalexandros	Nikiforos Stefanides	Demetrio Láscaris
Enrique Telepneff	Herman Massoff	Andrés Obolenski
Anastasio Kuidagul	Grifon Kubenski	Fedor Woronzoff

Con sus arcabuceros.

Las murallas y puerta de Pempton o Roussion lo estaban por:

Mircea Basarab	Fedor Tschirka	Igor Surmin
Vassili Slépujin y su her-	Dimitri Yurgevitch	Yaroslav Shenjaka
mano Iván con 90 ru-	Iván Isakvitz (Possadmik)	Kasimir Boreski
sos de Kiev	Jakim Jacovitch	Jeremías Karpoff
Dimitri Kusmin	Benito Solovieff	Fedor Glimski
Yuri Eliseyvitch	Román Mihailovitch	Jeremías Schuiski
		Nicolás Yaropkin

Con sus infantes.

La puerta de San Román, la más débil, era defendida por el propio Constantino XII Dragasses, que había de ser el último emperador y que dirigía, además, toda la defensa de la ciudad, junto con Giovanni Giustiniani de Longo, bizarro general genovés que allí fue herido de muerte. Les acompañaban 500 hombres de esa nación además de los siguientes capitanes:

Demetrio Cantacuzeno y su sobrino	Raymond Bouchart Leonardo Imperialis	Gauchier de la Bastide- Tyrconell
Louis Villedieu	Nicéforo Paleólogo	Felipe de Beaujeu
Felipe Longueville	René de Ménoncourt	Louis Noyers
Raoul d'Antignanq	Conde de Falcolquier	Claude Dampierre
Felipe Chepoy	Pierre de Douai	Jean de Valaincourt
Jean de Coucy	Louis de Dureboise	Berthold de Hohemburg
Gaston de Hauteclouque	Guillermo Vignori	Conde de Rodez
Guillermo de Tournay	Louis de Trémolay	Guillermo d'Ivry

Figuraba también el español Francisco Alvarez de Toledo, con sus caballeros voluntarios. Ultimamente fueron todos reforzados con 200 marineros del almirante Antonio Diedo.

Las murallas y puerta del Sigma la ocupaban, además de los caballeros hermanos Paolo, Antonio y Troylo Brocciardi, los siguientes:

Celso Giraldo	Juan Bautista Lázaro	Jakkos Pepinis
Demetrio Orseolo	Leonardo Fornari	Nicolo Valla
Juan Pontano	Josephus Czaplinski	Cristóbal Pirala
Silvestre Sagredo	Reinaldo Cavalcanti	Uberto Espínola
Sebastyan Zierotin	Paolo de Novi	Sitirós Rados
Isnardo Guarco	Zenturione Pietrasenta	Gaspar Palacki
Tomás Campofregoso	Ntinos Loverdos	

Con muchos monjes armados.

La puerta de Pighi o Sylivria se hallaba defendida por:

Mateo Cantacuzeno	Kyrillos Blemmys	Justinianos Anastasso- poulos
Gregorio Paraskevo- poulos	Nikos Goudelis (pre- fecto de la ciudad)	Gerasimos Vlachou
Nikos Geronomachou	Arsenio Drassopoulos	Hipólito Zenos
Juan Mastrakis	Eugenio Spiratos	Athenagoras Vassiliou
Hyakinthos Dárdanas	Demetrio Gounaris	Manuel Zakinthinos
Mihail Dendías	Serbán Mourouzis	Romanos Cantacuzeno
Dinos Bikelas	Kyriakos Mausolos	Janos Takis

Todos con sus contingentes.

En la puerta Myriandron, se hallaban estacionados:

Ivan de Dalmacia	Filipos Kinias	Juan Guillermo Longo
Miguel, Alejo y Niceforo Láscaris Paleólogo	Anatolios Kalymnikós	Teófilo Paleólogo
Martino Canale	Jorge Kodinos	Caterino Contarini
Gregorio y Cristóforos Melissenos	Miguel Rhangabé	Memnios Fakis
Julos Benizi	Eurípides Perillas	Juan Bacopoulos
	Nikíforos Lassos	Joaquín Sfakianakis
	Juan Andrés Láscaris	

Con muchos monjes armados e infantes.

El Xilokerkos y el palacio del Hebdomon lo estaba por:

Jacobo Coco	Stilikon Mángos	Athos Musele
Pedro Zano de Andros	Panteleimon Chaldos	Jerónimo Morosini
Juan Capnoyenis	Michele Malipiero	Francesco Valanere
Marcos Novara	Teodoro Bellianitis	Juan Meseloras
Aristides Kouzis	Domenico Selvio	Jacobo Emiliani
Constantino Amandos	Juan Skalitzanos	Basilio Spiliopoulos
Antonio Petmezas	Arkadios Koutras	Antiochos Mellos
Eugenio Vigos	Romanos Lappas	Silvan Capello
Christos Psarras	Aldo Priuli	Juan Gennadios
Byzas Skardassis	Nikandro Machéras	Gabriel Vourtzis (capitán de lanceros)
Andreas Polydouris	Pandolfo Palestrina	
Jorge Brankovitch		

Acompañados de sus hombres armados.

La puerta Dorada o Aurea, por:

Sokrates Voultzos	Juan Sakellariou	Stilpon Manoudakis
Panos Alivitsatos	Nicolás Caracciolo	Fedele Sant'Angelo
Scipione Zabarella	Andreas Láscaris	Aldo Gradenighi
Sotiris Kotzamanis	Rennos Mpatzakis	Miltiades Bassiakos
Ptolomeo Vassilakis	Martín Radwan	Xigmunt Ziclevicz
Andrea Dolfino	Leonardo Langasco	

Con sus hombres.

Las murallas sitas entre la puerta de Oro y el Ciclobion o Heptapyrgion (Siete Torres) eran objeto de los siguientes capitanes:

Teodoro, Manuel, Miguel y Constantino Láscaris (éste primo del otro Constantino que defendía la puerta de Charsias), que con sus contingentes de artillería defendían el Bracholion.

Joudas Sclarios	Orsato Giustiniani	Mauricio Cattaneo
Manuel Briennios	Foibammno Splagounias	Domenico Vendramino
Nicolás Mocenigo	Manuel Makrilós	Jorge Manganas
Jerónimo Minotto	Teodoro Chalcocondylas	Cosme Valiere

Isidoros Krekoukias	Manuel Chagaris	Ntinos Napandas
Francesco Cornaro	Juan Zabarella Zeno	Sabas Prodromides
Bardas Frantzes	Teodoro Rhallys	Adamo Patopoulos

Con muchos monjes armados y arqueros, más 200 arcabuceros.

La muralla marítima de la Prepóntide la defendían:

Vincencio Malatesta	Juan Venier	Eufemio Typaldos
Carolo y Jacobo Zeno	Pietro Loredano	Panayiotis Celyfetis
Angel Juan Zacharía (postestá genovés de Pera)	José Roso de Finale	Alekos Contis
Julio Basso	Bonifacio di Verona	Antonio Cocco
León Ruccelai	Kosmas Pappadouka	Ubertino Pusaulus
Marco Diedo	Anastasio Kontogenis	Gabriela Trevisano
Girolano Morosini	Juan Barboglis	Zacharías Grión
Ascanio Bramante	Blasios Margariotis	Mateo de Metona
Marco Labia	Antonio Filamati	Bautista Quirini
Bartolo Furian	Giorgio Dolfino	Christos Arguris
Giorgio Dorin	Juan Palavicini	Dorotheo Noutzas
Nicolás Bárbaro	Andrea Murisco	Alejandro Chondronikis
	Seleuco Vathys	Nikos Pappamikail
		A. Galina

Les acompañaban muchos monjes armados.

La puerta de San Juan de Stoudion la ocupaban:

Babylos Pappanicolau	Juan Tsoungamos	Nicolás Macri
Alexios Chiri	Pavlos Fiomachos	Eusebio Skaljotas
Constantino Gogos	Marios Zarganis	Manuel Leontarios
Spyro Alostros	Aristides Evangelatos	José Strifnos
Pedro Maridakis	Isaakios Láscaris Ducas	Basilio Sebastopoulos
Julio Sabellico	y sus hijos Isaakios y	Juan Chagios
Eudoro Tombasis	Jorge	Rubén Spylios
Gabriel Michailidis	Temistocles Coyanis	Gregorio Diamantis
Juan Dimitrakou	Jorge Skardi	Lycourgos Diomedis
Archilochos Kyriakou	Terpandro Argyros	Athos Spartakos
Cleon Fostiras	Spyros Samaras	Jorge Karchaklides
Aristóteles Kyrikis	Alcibiades Tomaidis	Juan Kosetis
Ludobikos Pappageorgis	Dolfino Dolfini	

Acompañados de sus hombres de armas, artillería y ballesteros.

La puerta de Psamathia que daba al mar, lo estaba por:

Gerasimos Phokás	Antígono Kalomoiris	Skervos Zervós
Juan Atumanos	Ctesifon Tzumanis	Antonio Kavrakis
Timoteo Negris	Apolonio Koukouzelis	Alejandro Asteriadis
Neopolos Kalomeri (en italiano Napoleón Bonaparte)	Kostis Zervoudakis	Armodios Theophanidis
	Raphael Demos	Zoilos Galouzis
	Eugenio Mitropoulos	Amadeo d'Acerno

Gaetano Berromeo	Nikos Tzochos	Diakos Barondas
Antonio Koletis	Minos Tavñarios	Lucas Laurangas
Solon Kydoniatis	Stéphanos Levidis	Tomás Zaimis
Petros Peloponisos	Leandro Kkokinós	Juan Louloudias
Sakellarios Maurozakis	Emilios Tzamourtzis	Miguel Rongakos
Raphael Mantzaros	Antonio EsGRECHIO	Theóphilos Karafillis
Eudikios Hadjiapostolos	Ignatios Anticherni	Tadeo Kalavros
Jobos Teodoropoulos	Dimitri Rendi	Bartolomé Katrivanos
Stefanos Rhodios	Gregorio Koutoubali	Lysandro Spanoudis
Argyrios Diamantopoulos	Chrisantos Temeliotis	Jakobos Spathis
Platon Zevelekis	Porphyrios Sakeris	Girolamo Finelli di Cer- vinara
Tryphon Myribeles	Bardas Psachos	Carlo Pontecucorvo
	Ireneo Chorafas	

En las últimas horas, fueron reforzados con hombres del almirante genovés Aloisio Diedo.

El Contoskalion que daba al mar, estaba defendido:

Sóphokles Lappas	Sabas Lafkaditis	Nikos Milessios
Juan Liouvas	Nikiphoros Grégoras	Alejandro Boutiras
León Tataris	David de Chaldia	Juan de Trebizonda
Stéphanos Láscaris	Andrés Kallerghi	Eufemio Tsastou
Demetro Eghinitis	Eustratios Kapenanstra-	Teodoro Roufos
Eutidemo Arbanitopoulos	takis	Demetro Mourousis
Simón Kantzantzis	Juan Oikonomidis	Eusebio Ponidiris
Alejandro Soutsou	Porphyrios Kostis	Juan Koutsoplas
Brocopios Frangopoulos	Pedro Petridis	Christos Riadis
Markos Prokopiou	Gregorio Nezeritis	Joseph Paraspiropulos
Atanasio Koundouros	Ireneo Kapsaskis	Kostis Zoras
Miguel Pallantios	Alekos Kariotakis	Antiochos Lalaouni
Jorge Trikidis	Simeón Trikidis	

Les acompañaban el cónsul español don Pedro Julián con sus heroicos catalanes residentes en Constantinopla, entre los cuales la historia recuerda a los que citamos en otro lugar.

Los palacios marítimos del Bucoleón o de Hormisdas y Puerto. Allí se encontraban:

Francisco Filelfo	David Skaramangas	Alexios Disbypatos
Juan Troglita	Elías Anagnostopoulos	Charalampios Adaman-
Teodoro y Juan Justi-	Juan Melegákis	dios
niano (bizantinos)	Petros Kalapodákis	Jorge Andréopoulos
Charilaos (Charles) Theo-	Antonios Sinos	Sergio Petrovitch
pompos	Ioseph Sarris	Aurelios Mpalanos
Teodoro Tanagras	Mikail Theofanopoulos	Anninos Andréades
Alfred Launet	Eugenios Bambetssos	Basilios Arabandinos

Kyriakos Kotikas	Juan Andrés Láscaris	Tzanis Papamikail
Kostis Romaios	Athos Trikkalinos	Kleon Kladas
Sabas Trachilis	Luis Debarbieux	Anastasios Skoufos
Agapitos Aiginitis	Demetrios Dendrinou	Demetrios Charitakís
Juan Vlachos	Daniel Dimaras	Aristóteles Kouzis
Alejo Boccali	Delios Kabbadías	Kimón Digenis

Les acompañaban varias piezas de artillería, arqueros, ballesteros y culebrineros, servios y bosniacos, que pudieron acudir a tiempo en socorro de la ciudad y de aquellas posiciones tan amenazadas.

Se conocen los nombres de:

Pđero de Iveglia Ohmutchevitch, conde de Tuegl	Olgierd Ursinitch Czartoryski	Vuladisavos Bogascinovitch
Bosko y Esteban Garguritch, condes de Dinador y de Novigrad	Esteban Tuartkovitch Némagnitch, conde de Bagnaluka y de Florin	Sanko Buseritch, conde de la isla de Oringh
Pablo Deschinovitch	Brayko Kotromanovitch, conde de Mertuagna y de Gradaz	Vuladkos Boscina
Raosav de Prilep		Mateo Marnarra
Yako Micolawina Tuartkovitch, conde de Castoria		Brayan Irenitch
		Garolo Milovatz
		Milorad Raichevitch

(*Aquí el manuscrito está muy borroso y faltan hojas*).

Defendían el palacio de Manganas:

Stéphanos Lambrinopoulos	Gerásimos Láscaris, su hermano Nicólaos y los dos hijos de éste	Juan Clazomenikós
Nikandro Petropoulos	Andrónikos y Basilio.	Michail Pantechines
Elías Bastounis	Teodoro Marinakis	Arkadios Melas
Marios Kalitsounakis	Juan Anysas	Nikarios Kalfiotis
Epaminondas Skiadas	Niobisis Drakakis	Philipps Stratos
Lisimachos Bouroupoulos	Gabriel Lagomitis	Leónidas Yannusis
Antíochos Minaios	Olympios Bourbousis	Isókrates Pasketsis
Eutichios Kalliklés	Teodoro Sarrigianis	Lukas Glezos
Spiridon Patriarchéas		Germanos Mylonas
		Federico Zucharo

(*Falta el resto de esta hoja en el manuscrito*).

El Philopation se hallaba ocupado por los siguientes capitanes:

Sabas Aridenos	Giankos Lazopoulos	Manuel Boccali
Antonio Tocco	Elías Kassithéras	Ireneo Doxaras
Charalampios Dabatenos	Samuel Nasri	Sirikios Maurogenis
Kleon Kosmidis con su sobrino Jorge	Paramon Drassopoulou	Teodoro Moschopoulos
Nikos Loris	Argyros Doukina	Athos Sotirios
Mikail Plessa	Besilios Logothetopoulos	Eugenio Paspaté
	Christos Mamalis	Loukas Kanakaris

Al mando de sus hombres, muchos monjes armados y 460 chimariotas.

La torre de Manganas y puerta de Santa Bárbara eran defendidas por

Demetrio Nasla	Anastasios Rhinnos	Tasios Lazaropoulos
Manuel Alexandrakis	Daniel Maniakis	Isaakios y Juan Panos
Manuel Chrysohéris	Keroubin Maniatakis	Nikos Mousmoutis
Juan Serafidis	Atanasios Koromilas	Juan Stathianakis
Onofrios Kallerghi		

Acompañados de marineros griegos y genoveses, del almirante Antonio Diedo y los equipos de tres navíos cretenses.

En la torre de San Eugenio, junto al mar, se hallaban:

Christos A. Tsoukatos	Ireneo Gargaretas	Teodoro Chadjidakis
Felipe de Lagonessa	Isaakios Jordanidis	Pericles Roussopoulos
Jorge Triantopoulos	Pedro Cercel	Juan Skamangas
Iulios Kallogeropoulos	Aaron Gennadios	

(*Aquí faltan dos páginas del manuscrito*).

El Neorion o puerto propio de Bizancio:

Georgios Kallitsantsis	Sotiros Mamextzis	Anastasios Koklas
Meletio Machnos	Cosme Bragadini	Rubén Chamodrakas
Gregorio Katsouros	Dimitri Spiliotópoulos	Nikon Giatrakas
Basilios Petrakis	Anastasios Bougas	Kostis Metzelos
Ntinos Spenzouris	Herodotos Nikalopoulos	Eudoxos Stomatopoulos
Eulopo Psarros	Drakon Doanidis	Jason Alachouzos
Herakles Benaki	Eumolo Tipaldos	Panayiotis Chantzi
Eufemio Balopoulos	Anaceon Critobulo	Nikon Kontargyris
Dimitri Pappakostas		

Acompañados de muchos monjes armados, artilleros con cuatro piezas, ballesteros, arqueros y culebrineros.

Pérama, Zeugma y Petrion con sus murallas marítimas del Cuerno de Oro, por los siguientes:

Blasios Zarris	Juan Eustathiou	Alexios Láscaris
Menelaos Kyriazopoulos	Manuel Dafoti	Maurizio Galvayo
Aristides Garefallakis	Christos Pappadopoulos	Moisés Tegopoulos
Domenico Partecipazio	Sergios Kalyniatis	Eugenios Drakoulis
Lykinios Lampadarios	Juan Candiano	Orso Flabanico
Lycurgo Spiropoulos	Aurelios Kalpandis	Anatolio Bacalopoulos
Abdreas Kalopodis	Stavros Paximadopoulos	Socratis Souvazidis
Aristides Kallonás	Dimitri Angelopoulos	Minos Zibeos
Minos Megarinos	Mausolos Tanagrínós	Andrés Papakyritzis
Alexios Tripodakis	Michel Vlastos	Xenophontes Xiros
Diodoros Xanthopoulos	Dionnisos Yannopoulos	Tadeo Yannakis
Skévos Zanna	Anastasios Zervós	

A última hora acudieron muchos monjes armados e incluso sacerdotes, infantes, arcabuceros y los hombres del florentino Jacobo Tedardi.

El Faranion era ocupado por:

Gabriel Trevisani	Leonardo Nicoli	Antonio Zeni
Benedetto Jaqueria	Marcos Dolfino	Miguel Michele
Battista y Cicolás Gatti-	Zacarías Griotti	Fabruzzi Cornaro
lusio	Jerónimo Bragadini	Juan Vatatses
Teodoro Mancafas	Manuel Jagros	Jacobo Pizinghe
David Branas	Alejo y Manuel Dukas	Guido Caccio
Teodoro Gabras	Luis Carretto	Juan Dovrides
Ibelin Filanghieri	Nicolás Valla	Bartolomé Facio
Theólogos Dimitriades	Peleo Cristodoulakis	Néstor Mourouchos

(Aquí están borrosos varios nombres)

Mateo y Juan Colomboghi, de los cuales el primero marchó después a Chipre y Chios, luego a Italia, Génova, siendo padre de Cristoforos Colombo, y el segundo fue almirante de las escuadras del rey de Francia.

Los 30 hombres de Roma y los 260 de La Maona de Foces y de Chios defendían la puerta Cynegion o de los Cazadores a las órdenes del cardenal Isidoro, obispo de Sabina y legado del Papa, antes metropolitano de Moscú, que casualmente se encontraba en la ciudad. El obispo cayó prisionero y, reducido a la esclavitud, el turco que vino a ser su dueño le dio la libertad mediante un pequeño rescate. De aquellos valientes defensores muy pocos lograron escapar después del asalto.

(El manuscrito no cita ningún otro nombre por faltar varias hojas).

La puerta de San Juan Bautista defendida así:

Leandro Grammatopoulos	Tomás Pappanicoli	Cosme Pitti
Jacobo Brunelleschi	Roberto Palumbi	Alberto Rossi
Marcos Landino	Atanasio Lambros	Zenón Fotiadis
Blasios Markopoulos	Marcos Foscarini	Reinaldo d'Este
Leonardo Malipieri	Juan Teodoridis	Numa Costanze
Eusebio Zervós	Alberto Roero	Sócrates Tabaxaris
Juan Tsingalas	Eumolpo Katsimpiri	Diodoro Paraskevas
Constantino Hadjievangelou	Athyras Baboutzikos	Charalampios Toxaras
	Eutichios Apostolópoulos	David Aplakes

(Llegible esta parte del manuscrito).

La Xiloporta, además de dos piezas de artillería, participaban en su defensa los infantes mandados por los siguientes jefes:

Gabriel Toumene	Juan Pharmakis	Olgied Czartoryski
Manuel el Cretense	Takis Eleutheriades	Pablo Bestouscheff
León Metaxiatis	Román Jurjevitch	Ireneo Tracca
Theodosio Kyriakis	(«okolnitschi»)	Marinos Kalligas
Nikos Pleton	Miguel Sajarin (esta-	Eugenios Loukitis
Aliosio Promontorio	rosta de Kaneff)	Manuel Chrysoloras
Evangelos Gasparis	Silvestre Adasscheff	Lorenzo Marsupini

Alcibiades Zacharopoulos	Fedor Kurbsky	Spiro Papamoschos
Jonios Aulonitis	Kenseni Rjiumin	Dimitri Englesos
Jacobo Dragatsis	Alejo Theotocopouli	Charalampos Daoulis
Nicolás Philos	Stephanos Logothetis	Alexis Wise
Yorek Tratschewsky (de la «sloboda» Alexan- drowa)	Basilio Lazaropoulus	Basilio Kyparissir
	Francesco Poggio	Juan Kouloukoundi
	Otton Centranigo	Grigori Ustrialoff

Y un nieto del «gossudar» polaco, llamado Puschin.

Aquí terminan las hojas que han quedado del manuscrito que Giovanni Zabarella juntamente con Demetrio Zigomalas y Juan Andrés Láscaris escribieron pocos años después de la conquista de Constantinopla por los turcos, cuyo original conservan los herederos del primero en Venecia.

Los caballeros españoles que acompañaron a don Francisco Alvarez de Toledo en el sitio de la ciudad habían sido reclutados voluntariamente en Nápoles y Catania y llegaron embarcados en los galeones «San Giacinto», «Sant'Antonio di Padova», «I Dodici Apostoli», «Sant'Anna», «Sant Michiel'Archangelo», «Santissima Nuntiata» y «San Salvatore», desembarcando en Constantinopla en marzo de 1453. Se conservan los nombres de casi todos ellos por un manuscrito, inédito, de Scipione Zeni, quien además de sus compatriotas venecianos que acudieron a defender la capital cita a los españoles que por entonces residían en el reino de Nápoles, en aquellos días bajo el dominio español.

Detrás de la lista de venecianos nombra a los siguientes caballeros españoles:

Angel Mateo Fuertes	Diego de Villalba	Antonio Mirón Tara- mona
Joaquín Cebrián Altemir	Fernando Chaves	Gonzalo de Cobos Se- nén
Juan de Lezaún	Andrés de Vega	Gaspar Antolín Recio
Bartolomé Urrutia Azara	Achaz Gallur Trapero	Inocencio García Qui- ñones
Iñigo Meléndez Pascual (Borroso)	Antonio Furtado	Clemente Blasco Her- nández
Matías Navasqués Li- nares	Santiago Lobera Royo	Juan Labrit
Manuel Cruzate Coro- nado	Juan de la Cueva	Marcelo Cajal Valencia
Emilio López Laguna	Pedro García Navarro	Andrés Mexías
Isidro Anglona Cortés	Joseph Goñsalbo	Enrique Alonso Godoy
Máximo Teruel Pombo	Diego López de Haro	Santiago Gutiérrez Díaz
Lorenzo Azlor de Aragón	Iñigo de Montmayor	Juan Ximénez de Rada
Pedro Ximénez Lascasas	Antonio Zapater	Juan Arias López
Juan Ansorena Murillo	Fernando de Orea	Joseph Alvarado
García Pertusa	Manuel Miranda Palo- meque	Vicente de Burgos
Joséph de Villanueva	José Cervuna Solís	
	Ramón P. Ustarroz	
	Fernando Blancas Sanz	

Domingo del Camino	Manuel Villanova Martínez	Sancho Martínez de Canelas
Antonio Zaragoza	Blasco de Azlor Panzano	Ordoño Rodrigo de Lizana
Vicente Lastanosa	Luis Ponce de Tomeras	Martín Lascasas
Alfonso Travesedo	Baltasar Fortuño de Estada	Atho de Foces
Rafael Macías	Ramón de Tarroja	Jerónimo Ardid Rey
Miguel Pérez Caballer	Francisco Diego de Ainsa	Pedro Lafuente Latorre
Melchor Fidalgo	Juan López de Vidaura	Diego Gascón Sangrós
Bartholomé de Asso	Antonio Gil de Atrosillo	Enrique Polanco
Antonio Caxal Bahamonte	Blasco de Maza y Arpa	Alonso de Soto
Pedro y Diego de Funes	Guillén Ramón Dapifer (<i>Siguen tres líneas borrosas e ilegibles</i>)	Antonio Ximénez Navarro
Vicente Tena	Pedro Enecon	Juan Antonio Díaz de Arce
Juan de Zúñiga	Martín de Ena	Hernán de Palos
Luis Salzedo	Adelfonso Navarrete	Joseph Labaña
José Alberó	Ximeno Quesada	Juan Montemayor de Cuenca
Ramiro Ripa Suelves	Gil Tarín de Lanuza (<i>Cortado el papel</i>)	Valero Arroden
José Angulo Dormer	(<i>Idem</i>)	Angel Ferriz
Melchor España San Juan	Alvaro Fonseca	Juan del Arco Vázquez
Luis Jurado Galyán	Domingo Lafiguera	Guillermo de Quintana
Baltasar de Andrés	Berenguer de Bardaxí	Arnaldo de Cornillano
Tado Andía Liñán	Pedro de Aponte	Jerónimo de Urríes
Fortunato Escalona	Félix Martín Artal	Gabriel Zaporta
Joseph Truxillo	Tomás Ximénez de Talavera	Tomás de Borja Lahuerta
Lamberto Arenas Pelayo	Melchor Mora	Lacyr Ximénez Gaitán
Martín Castaños Alguacil	Juan Galván de Luesia	Bartholomé Martín Ferrero
Joseph López	Juan de la Barca	Falindo López
Francisco Arbués	Martín Antolínez	Joseph Sellán
Pedro Alcántara Gálvez	Francisco Navarro Sánchez	Palacín de Alagón
Felipe Sánchez	Juan Calix Rodríguez	Juan de Momphaon
... Rodríguez de Sada	Juan Contreras Camargo	Lorenzo Abarca de Serué
Fernando Sandoval	Sebastián Bonant de la Ortiga	Pelegrín de Castellezuelo
Braulio de Berbegal	Alonso Martínez	Martín Atienza Guzmán
Fortún de Borau	Miguel Perina de Tauste	Fernando Fortún Aznárez
Sancho Cangas	Carlos Fernández de Córdoba	Galín Ximénez
José García Redón	José Más Martínez	Ferrench de Luna
Artal de Azlor	Joseph de la Tenda	Manuel Ferríz de Lizana
Juan Forment	Pedro Ordóñez Marco	Ruiz Ximénez Cornel
Gabriel Saavedra	Angel Suárez de Deza	Rodrigo Pazols
Ramón Molina	Martín Reposter	Tomás García...
Agustín Pellicer		Alvaro Ximénez de Urrea
Faustino Cortés		Gil de Guasillo
Joseph Urtubia		Luis de Carvaxal
Alfonso Gavín Tarín		Fermín Latasa
Sancho Ansúrea (<i>Ilegible</i>)		Manuel de Inchausti
Gonzalo Quintín de Villascusa		Vicente Molina Estevan

Pedro Muñoz Albar	Pedro Olit	Angel Font
Juan de Agüero	Enrique Feria	Sancho Marco Albero
Vicente Carionero	Serafín Mir Blequa	Juan de Peralta
Pedro Aranda Mota	Pedro Alonso Genzor	Servando Planas
Jerónimo Andosilla	Sancho Murillo	Andrés Justicia
Antonio Abendaño	Pedro de Bail	Pelayo Sopratiel
Felipe Jaén...	Pedro Vitales	Ernesto Fuertes
Alfonso Escuder	Lope de Juan	Gerardo Casas Pérez
Francisco Gómez Palomino	Alberto de Castellbell	Antonio de la Cruz
Juan de Timoneda	Santiago Urbez	Francisco Laynez
Ramón de Bolea	Martín Carrillo	Ferrán López de Luna
Matheo Dezmero	Geraldo de Yorba	Mariano Martínez
Iñigo Galindo	M. Pérez de Guzmán	Joseph de Garasa
Antonio Melgarejo	Pedro de Luesia	Joseph Couto Langa
Carlos Piérola	Pedro de Bergua	Jerónimo Carrillo Gil
Faustino Herrera Sanz	Sancho de Fantova	Juan Calvo Pintor
Agustín de Gurrea	Ramiro de Luesma	Francisco Aldovera
Pelegrín Baldovín	Joseph Casvas Andrés	Guillén Abad Yáñez
Salvador de Leyva	Santiago Aybar	Antonio Garcerán
Sancho Guevara	Jorge Merino Yanguas	Juan Corral
Sancho Aznárez	Borengo de Ponga	Domingo de Vero
Miguel Cerdito	Fernando de Tudela	Tomé Galinz
Jerónimo Zapata	Fernando Santillán	Pedro Antonio Lizarbe
Manuel Bueno Fernández	Rodrigo Martínez de Luna	Claudio Sorbés
Ramón Briz	Fernando Espinosa	Fernando Suelves
Martín Cabrero	Pedro Blasco de Alagón	Damián Gracián Serrano
Juan Marco de Cariñena	Juan de Moscoso	Sancho Arista
Pedro Adahuesca	Baltasar Sala	Lamberto Ant.º Vidania
Benedicto Villalobos	Raphael Salas Félez	Luis de Yepes
Rodrigo Guerrero	Jerónimo Vallejo	Marcelo Sotomayor
Bartolomé Muñatorres	Luis de Sesa	Pedro Borrueil
Agustín Velloso	Joseph Labra	Manuel de las Heras
Senén Alvarez	Mariano Palomeque	Victoriano Figueroa
Martín de Lanuza	Antonio Bernad	<i>(Ilegible)</i>
Ramón de Lezo	Gonzalo Tarín	<i>(Idem)</i>
Luis Cangas	Manuel Pinzón	<i>(Idem)</i>
Jorge Villafañe	Joseph Esnaola	<i>(Idem)</i>
Tomás Ruiz de Azagra	Jaume Aranda Fort	Romualdo Tarín
Juan Pastor	Joseph Romeo Castán	Félix Xurado
Domingo Talavera	Abdón de Cobos	Pascual Gordo Camarero
Sebastián Aguirre	Fermín Palacios	Gaspar Balderrábanos
Miguel Martín de Villanueva	Antón de Morata	Antonio Portal Rubio
Joseph Fombuena	Martín de Rufas	Anselmo Quadrado
Juan Abarca Santamaría	Tomás Orpi	Felipe Navarrón
	<i>(Ilegible)</i>	Alvaro Alquézar
	Antonio San Miguel	Vicente Olivares
		Miguel Pérez de Almazán

Ramón de Viota	Miguel Peribáñez	Juan de Prado
Martín Lorenzo Sagasta	Jorge Baldasano	Daniel Merchante
Sancho Ximénez de Aragónés	Juan Melchor de Alegre	Joseph Cabrera
Ramón de Casaldáguila	Nicolás de Hinojosa	<i>(Ilegible)</i>
Juan Aranda de Mxia	Silvestre Albiac	<i>(Idem)</i>
Manuel de Lierta	Alvaro Texada	Raimundo Laiseca
Miguel Beral	Manuel Blequa Vázquez	Felipe Samper
Bernardo Tarazona	Lope de Pentinera	Lupercio Escarai
Alvaro Quirós	Angel Caragoca	Joseph Esquivel
Carlos de Santa Cruz	Ramón Sande Abreu	Ramón Ledesma
Santiago Orozco	Ebruce Díaz de Luco	Sancho Bazona de
Martín Francés	Juan de Muro	Quarte
...Aguilar	Isidoro Cortés	Angel de la Quadra
Carlos Ossorio	Luis Ocampo Ulloa	Tomás Domingo
Lorenzo Huesca	Joseph Thomas	Raphael Santa María
Moisés Crespo Maldonado	Bautista Trovador	Marcial Santomera
Samuel Camacho	Domingo Aznar	Luis de Exea
Sebastián Taboada	Tomás Cornel Padilla	Joseph Castillo
Elías Zurita	Joseph Paredes Baztán	Emilio Blanco
Miguel Solís Almagro	Félix Dast Ossorio	Francisco del Río
Raphael Alda	Melchor de Robres	Bartholomé Perales
Antonio Valencia	Joseph Pardo Julián	Sebastián Erbás
Melchor de Andrés	Pedro Temiño	Antonio Santos Panzano
Luis Andía Xerez	Pasqual Bono	<i>(Borroso)</i>
Diego Sanz de Villacampa	Pablo Cisneros	Luis Tarancón
Guillén Quílez	Froilán de la Escosura	Agustín Alonso Sanz
Jerónimo de Hixar	Gaspar Fuentedueña	Alonso de Villalpando
Sebastián González	Baltasar Pizarro Arco	Melchor Diaus
Miguel Ignacio Redorad	Martín Troncoso Segura	Juan de Oxeda
Guillermo de Serón	Cayetano Oronsuspe	Diego Dieguez
Isidoro Alcalá	Gregorio Niño de Acuña	Andrés Martos
Angel de la Nau	Santiago de Lugo Benítez	Diego Bustamante
Andrés Cervantes	Cristóbal Zafra	Alvaro X. de Pinzón
<i>(Ilegible)</i>	Joseph Xunquera	Vicente Pineda
<i>(Idem)</i>	Antonio Cubero	Andrés Calvo Velilla
<i>(Idem)</i>	Juan Teruel	Miguel Bermúdez
<i>(Idem)</i>	Clemente Castejón	Antonio Cabra San Gil
Martín Liria Bande	Sancho de Ahonés	Luis de Alava
	Antonio L. Albornoz	Baltasar Neyra
	Cancio Cuartero	Guillermo Ayerra
		Cipriano Gavín Espés

Aquí termina la relación de Scipione Zeni, notándose que faltan una o dos páginas de nombres, que aparecen arrancadas del cuaderno de notas. Sobre la problemática autenticidad de esta lista, hablaremos en otra ocasión.

En cuanto a los catalanes que ya residían en Constantinopla y que participaron en su defensa a las órdenes de su cónsul don Pedro Julián (*Petrus Julianus* o Pedro Illán) una incompleta relación se contiene en la crónica que Jaume Boyl dejó escrita sobre los últimos momentos de la ciudad, con el diario de los principales hechos y que a su muerte fue encontrada por su compatriota Ramón Folch Ferragut, en poder de cuyos herederos obra.

Los caballeros que cita residían ya en Gálata y Péra, barrios de la capital, y voluntariamente se aprestaron a defenderla.

Veamos los que menciona y cuyos nombres gloriosos han podido llegar hasta nosotros:

Antolín Farrell	Ramón Dulcet Roig	Berenguer de Peralta
Francisco Borrás	Jaume de Montolíu	Domingo Sas Planes
Jaume Rodonella	Monset	Agustín Cavistani Balter
Jordi Lluria	Antoni Joval Peyronet	Berenguer March Aranyola
Benito Alegret Eixalá	...Girona Falgueres	Juan Rius Requesens
Vicente Bas	Angel Cerdán Esplugas	Manuel Lunell de la Pau
Ramón González de Rodexa	(<i>Faltan siete líneas que están ilegibles</i>)	Jordi Cervelló Planells
Ramón Ferreres	Domingo Canet Ferragut	Damián Jorba de Cardona
Juan de Burrello	Guillén Fort Montagut	Simón Canyellas
Narciso d'Eroles	Bernardo Roger Company	Hugo de Sauch Gil de Gist
Joseph Vicén Catalá	Jesús Romaña Antich	Bernardo Carnifex Fuste
Miguel de Besalú	Pedro Borrell Amich	Jordi Molins Bas
Gerardo Falgueres	Domingo Marsó Gomar	Jerónimo Fonollar
Miguel Miravet Jordá	Joan Niquet Aytona	Tomás Pelegret Bagés
Jaume Boyl	Salvador Rexach Castelló	José Vallés Camprubí
Juan Corvarán	Agustín Roselló Morera	Pablo Alcart Folch
Santiago Coquerol	Domingo Monfort Colomar	Francisco Alsinelas
Antoni Santa Pau	(<i>Borrosos</i>)	Raphael Pons Molins
Pedro Corominas	Jaume Cubella de la Doche	Mathe Alemany Perelada
Pedro Felú	Luis de Ycart Costabella	Agustín Taxaquet Garriga
Joaquín Domenech	Luis Morrano Paternoy	Hugneto dez Millá
Nicolás Gelavert	Pedro Descatllar Ventalló	Juan Roqua Pallarés
Ramón Sayol	Jordi Bach de Portalet	Juan Quartenet Lanax
Francisco Pons García	Ramón Fivaller Peyxó	Roger de Montgrí Armentera
Gabriel Catalá Alemany	Dionis Torrell Planella	Miguel San Morí Muntaner
Peré Ibáñez	Bernat Torralla Sapilla	Tristán Call Spilles
(<i>Borroso</i>)	Guerau Doms Porras	Galcerán Bach Marquet
Pedro de la Saga Guarro	Juan Luis de Sora Valbona	Ramón Somsó Vilasar
Ramón Sempere Lluch	Bertrán de Castellet Oriol	Adzny Caplana Perot
Jaume de Vich Pujal	Enrique Esteller Toarzo	Maynar de Unguet Polano
Baltasar Almenara Bofarull		Ramón de Puxalt Guiffre
Blas Vilanova Tallander		

Jaume Borrull Maciá	Raolf Burgut	Cugat Gilbert Meneses
Melchor Ballester	Giraldó Mur Andreu	Antoni de Molins
José Cervelló	Antoni Montblanch	Berenguer Forriols
Pedro Vidrier	Pedro Exoquin	Reyner Scriva Espriu
Melchor Bellabre	Mateo Subirá Veciana	Jaume Perpinya Marés
Felipe Dalmau Sans	Ramón Cervera Nicol	Joseph Boch de Mon
Pedro Fabregues	Luis de Montcada	Juan Taornea Puig
Vicente Grau Palau	Jaume Casademunt	Esteban Fullá Cargol
Jerónimo Fabra	Ramón de Rocabert	Guillén de Rocafort
Joan Enecones	Jordi Benlloch	Bernat Juliá Miquelet
Jordi Clyment	Dimas de Requesens	

Aquí termina la relación manuscrita que contiene la crónica de Jaume Boyl, de la que hemos tomado estos datos interesantes.

En ésta ni en las anteriores no se hace sino mencionar los nombres de los que defendieron el último baluarte de Bizancio, sin detallar cuáles eran sus cargos ni mandos, debiendo señalar que algunos de los citados eran religiosos al cuidado de los combatientes, y algunos «físicos» o médicos, enfermeros, etc. Además de los lugares o puestos de defensa enumerados—que sólo eran los más importantes de la periferia—se habían distribuido fuerzas a otros sitios estratégicos o de alto valor, aunque después fueron acudiendo a los sitios más peligrosos o amenazados¹.

La puerta de Contoscalion, por el lado de la Odigitriase, encomendó a 300 bizantinos al mando de Teodoro Mankaphas, Paramon Agenoridis, Euklides Apóstolos, Antenor Dakios, Olympiodoro Pirrhon, Theofrasto Philolaos y Juan Prodromos. En vista del gran peligro en que estaba de ser ocupada por el Assab turco Kustar-Bey, fue reforzada con marineros de las naves venecianas y españoles. La historia no conoce los nombres de esos marineros, que sin duda estarían en los registros de los buques de esa nación. Pero en Patras se conservaba por Jorge Xícola una extensa carta del adelantado Bartholomé Frías, en la que hace mención de alguno de esos caballeros catalanes, aragoneses y castellanos, que allí estuvieron durante los asedios, apostados primero en el puerto de Manganas y que en los momentos supremos del asalto final acudieron a las Siete Torres y luego sucesivamente fueron replegándose hasta el Cuerno de Oro defendiendo palmo a palmo el terreno al invasor hasta que, muerto el basileus Constantino y entrados los turcos triunfantes, sucumbieron casi todos ellos gloriosamente.

He aquí los que cita Bartholomé Frías:

Gaspar de Ariño Quadrado	Pedro Luzón Passamonte	Martín de Heredia de la Costa
Miguel Armendáriz de Iasa	Betrián Espital Escolano	Francisco Pardo del Río
	Antolín Gil Gaviria	

Francisco de Expeleta y Capdevilla	Ramón y su hermano Troilos Despés	Gil Fernández Dávila
Gil Sánchez Andosila	Cugat Xelsa de Loaisa	Diego de Valera Domínguez
Francisco Truxillo López	Luis de Salamanca	Ioste de Borja del Cerro
Joseph Ossau Pellicer	Jordi Garrigues Guimerá	Juan Castilla Ruiz-Días
Diego Xuárez de Molina	Fernando de Loazes	Jayme Bleda Garibay
Manuel Severín de Faria	Rodrigo Caro Ayala	Roque de Eixalá Roca
Juan Hurtado de Mendosa Carranza	...Henríquez de Joval	Gaspar Miguel de la Cueva
Martín de Marcuello	F. Xavier Roche de Villegas	Juan Paez de Castro
Prudencio de Sandoval	Francisco Pinel Monroy	Juan Ginés de Sepúlveda
Rodrigo Zapata	Antonio Barba Morales	Baltasar Porreño Obregón
Juan Vargas y Erasso	Francisco Gómez de Pomar	Jaime Forner Sans
Miguel de Cercito Lasala	Juan Arias Almenara	Miguel Samper Typacio
Diego García de Pagán	Francisco Lasso de la Vega	Vicente Covarrubias
Isidoro Pérez de Nueros (<i>Borrosos</i>)	Tomás Aguilón Dantisco	Luis de Torres Gracián
Alonso García de Matamoros	Anselmo Matelín Oliván	Juan de Llano Valdés
Melchor de Ariño	Miguel de Torrellas	Hugo de Urríes Sáenz
Pedro Quintana Escabias	Martín Cavaller Resende	Sancho de Entrala
Antonio Zárate de Peñaranda	Juan de Coloma Sails	Martín de Velasco
Eugenio Benavides	Alonso de Soria Alcocer	Cristóbal Calvete del Pino
Ramiro Monterde Peña	Francisco de Bobadilla Liévana	Joseph Aguilera Verzosa
Francisco Quinto la Ripa	Bernardo Fortón Ariza	Antonio Vera Busto
Pedro Figueroa Estrella	Domingo Agustín Zapater	Domingo Barberán Roxas
Andrés de Mármol Perroche	Bautista Ballester	Juan Regla Alcalá
		Juan Ram de Montoro
		Sadurní Eixerica
		Juan de Miravalles Pallás
		Francisco Calcerán de Pinós

La torre de Anemandra y la de Kylos estaba al cuidado de Esteban Eufremides, Atanasio Lachanas, Eugenios Chrysaphis y muchos monjes armados con otras gentes de armas.

Las torres de Kalligaria estaban ocupadas por el ingeniero alemán Hans Grant, Andrónikos y Dimitrios Láscaris, Juan Stamatiades, Themístoklas Koronis, Basilio Zervós, Stylianos Andreadis, Andrés Bairas, Charilos Andréopolos, Sirikios Kontopirakis, Eugenio Papagos, Stavros Triantafilis, Juan O. Papoulas, Nikólaos Potamianós, Gregorio Marulos y Jacobo Contarini, con una corta fuerza de compatriotas venecianos.

En la acrópolis se situó el desgraciado pretendiente al trono otomano Orkhan Effendi, con un pequeño número de turcos partidarios suyos y fuerzas bizantinas al mando de Spyridon Vardakostas, Georgios Panos, Basilio Tarsoulis, Romano Koutoumites, Irdanis Charkopoulos, Nikandro Kapetanakis, Dionissios Pantazodikós, Alejandro Mania-

takis y otros de los que no se conserva memoria. Todos ellos murieron combatiendo desesperadamente y Orkhan fue muerto después de haber sido cogido prisionero.

Todas las posiciones desde la acrópolis hasta el Kynegion, a lo largo del Chrysokeras o Cuerno de Oro, estaban a cargo del gran almirante de la flota griega Lucas Notaras, asesinado más tarde por el sultán con sus hijos varones. Bajo su mando estaban los infantes y artilleros y éstos al de Stephanos Adamantides, Elías Gamninos, Gregorio Sarafetinides, Dionisio Sighannos, Timoleón Papayoannou, Paramon Synneokas, Evangelos Kyriassis, Alexios Deligiannis, Apostolos Kolyban, Constantino Karakassoupoulos, Panayiotis Manrepis, Manuel Asymonitis, Atanasio Chairopoulos, Christos Georgalas, Alkibiades Kapetanstratakis, Panayiotis Maroungas, Andreas Smylas, Nikólaos Kokkinakis, Demetrios Xilas, Antonio Mourellos, Blasios Eleftheriades, Nikos Phostira, Teodoro Baltatsis y otros, con arbaleteros, arcabuceros, culebrineros e infantes y monjes armados.

Así estaba confiada la defensa del último trozo del Imperio Romano de Oriente. La lucha era continua y larga, hasta que llegó el día fatal: el 29 de mayo.

Antes del alba, el autokrátor Constantino fue a Santa Sofía para orar ante la Virgen. La imagen de Nuestra Señora lloraba. Apareció—dice la leyenda—un ángel e inclinándose ante ella, le dijo: «No lloréis, Señora, ni vosotras, imágenes vuestras; después de los tiempos y años, todo lo recuperaréis». Afectadísimo el basileus por aquella aparición, confesó y comulgó con el patriarca Gregorio II y se dispuso a morir entre las ruinas del Imperio.

Desde la una de la madrugada los turcos lanzan contra la desgraciada y casi inerme capital tres oleadas de 50.000 hombres cada una.

Como una tromba cae la primera; dos mil escalas son aplicadas a los muros y escarpes siendo rechazados enérgicamente. Otros tantos hombres acuden luego en su socorro, pero tampoco consiguen nada. Los bizantinos y sus auxiliares se batan como leones cayendo la mayor parte. En vista del poco éxito, el sultán ordenó un nuevo y más terrible asalto empleando sus mejores tropas, los jenízaros y schafis, la flor de su ejército, y su poderosa artillería, entonces la mejor del mundo, y así desmantela y debela las murallas. Sus sesenta cañones truenan trágicamente así como las culebrinas y arcabuces, después de haber estallado el famoso cañón gigante construido por el ingeniero húngaro, el traidor Orban. El fuego griego es impotente para responder y los sitiados tienen que sucumbir ante un enemigo enormemente superior que materialmente se les echaba encima.

La lucha es larga, feroz y sin cuartel. Los defensores venden muy caras sus vidas sembrando la muerte a su alrededor haciendo unos huecos impresionantes en las filas de los que les atacan.

En aquellas horas supremas de angustia y respondiendo a los gritos y músicas de los infieles producidas por millares de tambores, timbales, nacaires, zurnes y caramillos, todas las infinitas campanas de la ciudad tocan desesperadamente a rebato. Oleadas de asaltantes se suceden sin cesar.

Al fin, aprovechando que por un descuido inconcebible había quedado abierta la puerta de Xilocerco, entran por ella los primeros asaltantes que se apresuran a abrir la de san Román por donde penetran grandes masas de enemigos.

Los turcos entran triunfantes dando alaridós de salvaje alegría. El emperador es herido por un assab en el rostro. Su caballo árabe cae cubierto de heridas, y él, a pie, lucha desesperadamente, derribándolo de un golpe de su espada ya que la lanza que llevaba en las manos había caído al suelo, pero en el mismo instante también cae herido de muerte al recibir las heridas de la multitud de turcos que le rodearon. La gloria le acoge. Su cabeza es colgada en lo alto de una lanza.

Don Francisco Alvarez de Toledo y sus más de trescientos caballeros españoles así como el cónsul don Pedro Julián y sus valientes catalanes, luchan con la mayor bravura, pero casi todos ellos caen muertos a lanzazos y a golpes de cimitarra entrando igualmente, como los demás defensores de los últimos restos del gran Imperio, en la inmortalidad.

También las mujeres bizantinas ofrecen rasgos de valor inaudito ayudando a los hombres, llevándoles víveres, armas, marmitas con el fuego griego y proyectiles de toda clase, recogiendo y curando heridos, apartando a los muertos y arrojando vasijas con materias inflamables, piedras, mandrones y hasta muebles y cuantos objetos encontraban a su alcance contra los atacantes, tanto en las mismas murallas como desde las azoteas de las casas y palacios y desde las torres de la ciudad y de las iglesias. Fue una épica defensa pocas veces igualada. Los cronicos de la época citan muchos casos de una valentía extraordinaria y un asombroso desprecio de la muerte, como el de una joven griega llamada Elena, hija del prefecto de la ciudad, Goudelis, que se mezclaba impávida entre los combatientes provista de una gran clava con la que hacía destrozos impresionantes en los turcos para impedirles su avance por la Chalcé. Murió acosada a flechazos y golpes de cimitarra y su nombre ha pasado a la inmortalidad junto con los de las antiguas heroínas espartanas. Y este ejemplo no fue único.

El patriarca Gregorio II, el prelado jefe del clero o protojerarca, los altos dignatarios con sus báculos y ornamentos e insignias, los sacerdotes y monjes todos, cantan plegarias, animan a los valientes y confortan a los moribundos aspergiéndolos con agua bendita.

Las mujeres y los niños lloran, se dan golpes de pecho y gritan desesperadamente llenos de terror refugiados en las iglesias; los hombres luchan y mueren. Un clamor inmenso se eleva desde la ciudad al cielo pidiendo a Cristo-Basileus y a la Panagia Odigitria el milagro de su salvación.

Es la agonía del Imperio que había de hundirse en un mar de sangre y de nefandos horrores. Ocho horas solamente pudo durar aquel cruento sacrificio.

Bizancio cae en poder de los turcos el 29 de mayo de 1453, festividad de santa Teodosia, fecha fatídica en los anales del cristianismo y de Europa que más tarde se verá invadida y en peligro de morir también por la incomprensión del Occidente. En ella termina una edad y comienza otra. Entre los grandes acontecimientos que registra la Historia sólo admite comparación con este cuadro la conquista de Jerusalén por Flavio Tito.

Entre tanto como se ha escrito sobre este famoso sitio merece especial atención la descripción que hizo el gran escritor servio Chedomil Mijatovitch, para no mencionar las fuentes griegas que pudieran parecer interesadas, pero que reflejan exactamente los hechos y describen minuciosamente este suceso histórico de tanta transcendencia para la Humanidad. Más de sesenta mil entre nobles, ricos, pobres, doncellas, matronas, monjes, sacerdotes y niños son llevados a los bajeles turcos, vendidos luego como esclavos y abandonados a la brutalidad de los sanguinarios vencedores. Durante el saqueo de la ciudad que duró muchos días, los asaltantes no dejaron nada de valor, ni que significase cultura o arte y religión.

Bajo la inmensa cúpula de Santa Sofía aún resuenan los gemidos de los cristianos que se reunieron por última vez para las supremas oraciones «confesándose los unos con los otros» y comulgando. Esta agonía de un tan viejo y célebre Imperio, en esa iglesia magnífica que es de tan gran belleza que la nación helénica puede estar eternamente orgullosa de ella, estos últimos cantos piadosos de súplica y de confianza entonados por hombres a los que el alba próxima había de traer la muerte, resonarán hasta la eternidad en toda alma griega.

Muchas obras maestras del espíritu humano se perdieron irreparablemente. Infinito número de libros maravillosos fueron quemados, pisoteados o destruidos, y los otros se vendieron al peso. Una inmensa cantidad de obras, apiladas en carretas, fueron dispersas por Oriente y

Occidente. Por una pieza de oro se daban docenas de libros de Aristóteles y Platón, tratados religiosos y reliquias del viejo saber. Arrancóse de los Evangelios ricamente ornados sus partes de plata y oro, sus perlas y piedras de las tapas, y los Evangelios en sí, fueron quemados o malbaratados. Se prendió fuego a todas las santas imágenes y los turcos cocinaron sus guisos en esas hogueras.

Doucas deplora así el desastre: «¡Oh, ciudad, ciudad, cabeza de todas las ciudades! ¡Oh, ciudad, ciudad, centro de las tres partes del mundo. ¡Oh, ciudad, ciudad, segundo paraíso puesto en Occidente, rica en plantas de toda especie que se curvan bajo el peso de los frutos espirituales! ¡Oh, ciudad, ciudad, orgullo de los cristianos y espanto de los bárbaros! ¿Dónde está tu belleza, paraíso? ¿Dónde la fuerza bienhechora del espíritu y la carne, de tus gracias espirituales? ¿Dónde los cuerpos de los apóstoles de mi Señor? ¿Dónde las reliquias de los santos, dónde las reliquias de los mártires? ¿Dónde las reliquias del gran Constantino y de los otros emperadores?»

Un cronista georgiano, Gregorio Agagianian, observa: «Desde el día que los turcos tomaron Constantinopla, el sol se cubrió de tinieblas». Y Mohamed II es llamado «precursor del Anticristo y segundo Senaquerib». El emperador de Occidente Federico III considera la caída de Constantinopla «una desgracia común para toda la fe cristiana» y escribe que era «un verdadero hogar de las artes y las letras».

El cardenal Jorge de Trebizonda, conocido por el nombre de Bessarion, lamentando en una de sus célebres cartas la toma de la ciudad, la llama «escuela de las mejores artes». Pío II la considera como «una segunda muerte de Homero y Platon». Aun hoy día los turcos la llaman «Dersaadet», o sea Villa de la Felicidad.

Y este acontecimiento entra ya en la leyenda popular del gran pueblo griego. Así se refleja en este canto no exento de esperanza: «Tomaron la ciudad, tomáronla; tomaron a Tesalónica, a Nicea, a Trebizonda; tomaron también a Santa Sofía, el gran monasterio que tenía trescientas campanillas y sesenta y dos campanas, cada campana un sacerdote, cada sacerdote un diácono. En el punto que se muestra el Sacramento y el Rey del mundo, les vino una voz del cielo, de la boca de los ángeles: Dejad esa salmodia, colocad en tierra el Santísimo y mandad decir a los francos que vengan a salvarlo; que tomen la Cruz de oro, y el Santo Evangelio, y la Sagrada Mesa, para evitar que sea violada. Cuando la Virgen le oyó, lloraron sus imágenes. Tranquilizaos, Señora, no lloréis: de nuevo con el transcurso de los años estas cosas volverán a ser vuestras». (Smirnaki).

Y añade la leyenda popular que Constantinopla volverá a ser reconquistada y nadará en sangre un «agamalí».

Unida a éstas existe la bellísima leyenda contada hasta hoy en todos los hogares helenos, que cuando los turcos entraron en Constantinopla por la puerta de San Román, en Palacio unos cocineros se hallaban tranquilamente confeccionando unos platos de pescado y al preguntar una mujer si los otomanos conseguirían entrar en la ciudad, un doméstico le contestó riéndose que era tan difícil lo hiciesen que creía sólo lo conseguirían cuando aquellos pescados resucitasen. En aquel momento los peces, redivivos, saltaron de las fuentes y se arrastraron hasta echarse al mar. Los turcos habían logrado su fatal objeto.

Y un día en cierto lugar cercano de la costa, echando unas piedras al fondo transparente del mar, se ven subir a la superficie los pescados con el lomo a medio freir, pero vivos todavía...

EUGENIO LÁSCARIS COMNENO

1. Dada la importancia de estas listas, creemos imprescindible dar a los lectores una breve explicación de las mismas y de la forma en que han llegado a nuestro poder.

No son de ahora estas notas. Ya en 1932 recibimos desde Constantinopla, enviadas por el profesor Mr. Georgios Patriarcheas Troupaki Paleólogo, nuestro pariente y amigo, copias en francés de todas ellas, y obtenidas, según manifestaba, de otras de los siglos xvii y xviii escritas en griego, italiano, catalán y turco, hechas las primeras por Mr. Georgios Deliyannis, el profesor Lisandro Macheras Logothetis, de Corinto, en colaboración con Mr. G. Apostolides, también del mismo Lyceo; de Constantinopla, las segundas, italianas, por Mr. Renato Arditì, de la casa de Italia en dicha capital, tomadas —según indica— de los relatos con Giovanni Zabarella, que se conservan en Venecia; los alemanes y húngaros, rusos y de otras nacionalidades aparecen en un folleto impreso en Ragusa en 1834, citado por Georgios Ostrogoski, y los de Jaime Boyl, hallados a su muerte por su compatriota Ramón Folch Ferragut, quien la dejó a sus herederos, que en 1879 lo eran Giuseppe Pontano, casado con Francisca Ferragut, residentes en Brindisi.

He aquí a grandes rasgos el origen y la trayectoria de tales relaciones. Copia de ellas obra en la Biblioteca Paternoepa de Nápoles. Como hemos dicho anteriormente, esperamos poder tratar en otra ocasión, Dios mediante, el problema de la autenticidad de estas listas.